

Revista de la CEPAL

Secretario Ejecutivo
Norberto González

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Desarrollo Económico y Social*
Gert Rosenthal

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Cooperación y Servicios de Apoyo*
Robert T. Brown

Secretario Técnico
Adolfo Gurrieri



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE

SANTIAGO DE CHILE, AGOSTO DE 1986

SUMARIO

Nota	7
Raúl Prebisch 1901-1986. <i>Anibal Pinto.</i>	9
Exposición del Dr. Raúl Prebisch en el vigesimoprimer período de sesiones de la CEPAL.	13
La juventud latinoamericana entre el desarrollo y la crisis. <i>Germán Rama.</i>	17
La juventud argentina: entre la herencia del pasado y la construcción del futuro. <i>Cecilia Braslauský.</i>	41
Los jóvenes en el Brasil: antiguos supuestos y nuevos derroteros. <i>Felicia Reicher Madeira.</i>	57
Ausencia de futuro: la juventud colombiana: <i>Rodrigo Parra Sandoval.</i>	81
Juventud chilena y exclusión social. <i>Javier Martínez y Eduardo Valenzuela.</i>	95
La radicalización política de la juventud popular en el Perú. <i>Julio Cotler.</i>	109
Los jóvenes y el desempleo en Montevideo. <i>Rubén Kaztman.</i>	121
La juventud de los países del Caribe de habla inglesa: el alto costo del desarrollo dependiente. <i>Meryl James-Bryan.</i>	135
Meditaciones sobre la juventud. <i>Carlos Martínez Moreno.</i>	155
Juventud popular y anomia. <i>Javier Martínez y Eduardo Valenzuela.</i>	173
La juventud como movimiento social en América Latina. <i>Enzo Faletto.</i>	185
La juventud universitaria como actor social en América Latina. <i>Henry Kirsch.</i>	193
Publicaciones recientes de la CEPAL.	205

Juventud chilena y exclusión social

*Javier Martínez
Eduardo Valenzuela**

La juventud chilena conoció un fuerte incremento de su participación y de sus perspectivas de incorporación a los roles sociales formalizados durante la fase expansiva que se inició con la postguerra. La urbanización acelerada, la gran ampliación de los sistemas educativos, la extensión de la ciudadanía política, la absorción creciente de mano de obra simple y calificada por los sectores modernos de la producción y los servicios fueron, entre otros, factores que movilizaron a la juventud y la convirtieron en uno de los actores más comprometidos con el desarrollo y la modernización; en la medida que estos últimos eran también los ejes de consenso entre la casi totalidad de los actores sociales y políticos, la juventud pasó, casi inadvertidamente, a ser uno de los actores centrales del sistema. Una de las manifestaciones más expresivas de lo dicho fue la notable influencia política y cultural que llegaron a ejercer los movimientos estudiantiles hacia fines de los años sesenta.

Sin embargo, la evolución social chilena de la última década ha mostrado la aparición de un nuevo fenómeno, la exclusión social, que afecta la estructura social misma y, con ello, al conjunto de las categorías y actores sociales, aunque probablemente de modo más profundo y vasto a la juventud. Por "exclusión" se entiende el proceso de cambio estructural por el cual diversos conjuntos sociales, que en el pasado inmediato ocupaban de modo estable posiciones institucionalizadas del sistema social, o podían tener sólidas expectativas de incorporarse a él, son expulsados de estas posiciones o ven persistentemente bloqueadas sus vías de acceso a ellas.

Precisamente por ello, la crisis, redefinición y deformación de los procesos de modernización hicieron de la juventud una de sus principales víctimas: puede decirse que la exclusión ha afectado en la última década a la juventud chilena casi en la misma proporción en que ella accedió a las posiciones centrales del sistema en los dos decenios anteriores.

*Consultores de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

I

Crisis del crecimiento y participación económica

Sector social extenso, altamente instruido —con niveles casi tres veces superiores al promedio de la generación de sus padres— y con antecedentes migratorios ya remotos, la juventud chilena actual podría hallarse, aparentemente, en condiciones óptimas para hacerse cargo de las complejas tareas exigidas por la vida urbana, la modernización social y el desarrollo político y económico. De hecho, la notable expansión del sistema escolar del último cuarto de siglo ha tenido como uno de sus objetivos principales el de vincular a la juventud con el proceso de desarrollo.

Es innegable que el sistema educativo demostró una notable eficiencia en la absorción del conjunto de la generación joven, dejando atrás muchas barreras elitarias. Las cifras disponibles de los últimos censos muestran claramente el descenso en las tasas de participación económica de los jóvenes, debido a la expansión educacional: la oferta de trabajo de los jóvenes entre 15 y 19 años disminuyó, a nivel nacional, de 42.2% en 1960 a 30.7% en 1970, e incluso lo hizo en términos absolutos. Este descenso fue más agudo en las zonas urbanas (de 38.8% a 27.3%), justamente las que más se beneficiaron del crecimiento educacional; y mucho más intenso en el caso de los hombres, cuya tasa cayó de 61.7% a 45.3% en el período. La actividad laboral de los jóvenes entre 20 y 24 años también se redujo entre estos años, aunque ciertamente en una proporción menor. En este caso, la caída en la tasa de participación se presentó solamente en las zonas urbanas y otra vez preferentemente entre los hombres (que se beneficiaron más de la expansión de las oportunidades de educación superior).

Sin embargo, para que la educación hubiera podido cumplir efectivamente el papel que se le asignaba, tendría que haberse producido, paralelamente a la expansión escolar, una expansión comparable de los sectores modernos de la producción, el comercio y los servicios, que eran los llamados a absorber el empleo de mayor calificación. Al no producirse ésta, se revirtió la tenden-

cia descendente de la tasa de participación juvenil en la fuerza laboral. En efecto, las proyecciones indicaban que la tasa de participación de los jóvenes entre 14 y 19 años debía seguir descendiendo en las próximas décadas, como consecuencia de los avances en la cobertura escolar, mientras que la proporción de activos en el grupo entre 20 y 24 años debía aumentar exclusivamente por una mayor incorporación de mujeres en los mercados de trabajo. Pero, pese a la expansión escolar, la presión de los jóvenes sobre los mercados de trabajo no se redujo en las magnitudes esperadas.

Varios estudios han mencionado la irregularidad del crecimiento económico chileno como una explicación del comportamiento de la tasa de participación. Cáceres (1981) ha señalado por ejemplo que la actividad económica del grupo entre 15 y 19 años descendió abruptamente en los años de mayor expansión escolar (1968-1973), pero luego aumentó durante la aguda crisis recesiva de 1975-1976. Rosales (1979) había estudiado anteriormente la tendencia cíclica de la tasa de participación secundaria en el caso de las mujeres, descubriendo que la participación femenina en los estratos bajos subió durante la crisis de 1975 (sobre todo en los grupos mayores de 20 y menores de 45 años), mientras en el estrato alto la participación alcanzó su nivel más bajo en todo el período estudiado (1957-1977). Este mismo fenómeno ayuda a explicar también que no se haya producido el incremento esperado en la participación femenina, por lo menos hasta esa fecha.

El argumento destaca el comportamiento cíclico que tiene la participación laboral de la fuerza de trabajo secundaria: en condiciones de crisis económica (con altos niveles de desempleo y caída de los ingresos personales) la fuerza de trabajo secundaria, principalmente jóvenes y mujeres, tiende a incorporarse a los mercados laborales. En condiciones de estabilidad y prosperidad económica se retorna a la inactividad. Cáceres agrega que esta situación se produce preferentemente en los estratos bajos, toda vez que la fuerza de trabajo secundaria de los estratos altos (sobre todo las mujeres) tiende, al contrario, a retirarse de la actividad laboral en períodos de crisis. En los estratos urbanos bajos, en cambio, la cesantía del jefe del hogar o la dismi-

nución de los ingresos familiares impulsa a jóvenes y mujeres a buscar empleo.

La mayor parte de estos estudios suponen que las oscilaciones en las tasas de participación obedecen solamente a ciclos expansivos o recesivos de corto plazo, dentro de una tendencia general al descenso originada principalmente por la expansión de la cobertura escolar. Un análisis atento de los datos que proporcionan los censos y encuestas nacionales de hogares sobre actividad y asistencia escolar permite pensar, sin embargo, que en la última década se ha producido un cambio de estructura, y con ello nuevas tendencias en la distribución de los jóvenes según actividad y asistencia escolar (cuadro 1).

Lo fundamental en el cambio de tendencias de la última década es la franca disminución relativa de los jóvenes que no asisten y son inactivos, que indica una acelerada incorporación a la actividad (habitualmente no acompañada de una incorporación efectiva a la ocupación). Si se compara la distribución efectiva de los jóvenes según condiciones de actividad y asistencia en 1980 con la distribución que se habría producido en caso de mantenerse las tendencias del decenio anterior, puede concluirse, en primer lugar, que la disminución "real" de la condición de inactividad es la transformación más importante que ha ocurrido, y que su magnitud puede estimarse en 212 800 personas. En segundo lugar, que el incremento en la condición de asistencia es notablemente más lento que el de la actividad. En tercer lugar, que dos tercios del incremento adicional de la asistencia se explican por el incremento del grupo de los asistentes *activos*, y finalmente, que dos tercios de la reducción del grupo de los inactivos que no asisten se explican por la incorporación a la actividad sin asistencia escolar (cuadro 2).

Estas características son propias de períodos de crisis económica, en que se incorpora masivamente a la actividad la llamada "fuerza de trabajo secundaria". En este caso el grupo de mayor incorporación a la actividad está compuesto principalmente por mujeres, entre 15 y 19 años, de los niveles educativos más bajos. Sin embargo, cabe cuestionar también el carácter efectivamente "secundario" de esta fuerza de trabajo joven. El año que se ha tomado como referencia (1980) no puede considerarse característico de una crisis recesiva de corto plazo: por el contrario, según

Cuadro 1
CHILE: POBLACION JOVEN DE 15-24 AÑOS, SEGUN CONDICIONES
DE ASISTENCIA ESCOLAR Y ACTIVIDAD: 1960, 1970, 1980

	Años	Asisten		No asisten	
		Miles de personas	Porcentajes	Miles de personas	Porcentajes
<i>15-24 años</i>					
Activos	1960	12.2	0.9	663.6	50.2
	1970	28.2	1.7	663.4	39.9
	1980	116.1	4.8	824.5	33.8
Inactivos	1960	276.8	20.9	369.8	28.0
	1970	502.0	30.2	468.6	28.2
	1980	1 040.1	42.6	460.0	18.9
<i>15-19 años</i>					
Activos	1960	8.1	1.1	303.8	41.8
	1970	12.5	1.4	253.2	27.9
	1980	61.7	4.5	239.7	17.6
Inactivos	1960	243.2	33.5	171.1	23.6
	1970	426.2	46.9	217.3	23.9
	1980	876.0	64.1	188.7	13.8
<i>20-24 años</i>					
Activos	1960	4.1	0.7	359.8	60.3
	1970	15.7	2.1	410.1	54.5
	1980	54.5	5.1	584.8	54.4
Inactivos	1960	33.6	5.6	198.7	33.3
	1970	75.7	10.1	251.3	33.4
	1980	164.1	15.3	271.3	25.3

Fuente: Instituto Nacional de Estadísticas (INE). Años 1960 y 1970: Censos nacionales de población y vivienda. Año 1980: Encuesta nacional del empleo.

estimaciones oficiales, en el período 1976-1980 el producto creció a tasas superiores o cercanas al 8% anual, y sólo dos años después se inició un ciclo fuertemente recesivo. Parece mucho más fundada una hipótesis que asocie tales tendencias con un *estilo de crecimiento* que, aun en sus mejores momentos, mantuvo tasas de desempleo que duplicaron las tasas históricas, y niveles de salario real de la fuerza de trabajo ocupada significativamente inferiores a los de la década anterior. Dado que se han mantenido por largo tiempo condiciones de desocupación o bajos salarios de los jefes de hogar, ha comenzado a revertirse la tendencia a la baja de las tasas de participación, comenzando por el "eslabón más débil" de los hogares: aquellos miembros cuya incorporación a la actividad implica menores costos de corto y largo plazo ("inactivos - no asisten"). Esta incor-

poración puede sufrir cambios marginales de magnitud incluso apreciable con los ciclos econó-

Cuadro 2
CHILE: DIFERENCIAS RESPECTO
DE LAS TENDENCIAS HISTORICAS
EN LA ACTIVIDAD ECONOMICA Y ASISTENCIA
ESCOLAR DE LOS JOVENES, 1980

	Miles de jóvenes entre 15 y 24 años	
	Asisten	No asisten
Activos	+51.2	+161.6
Inactivos	+22.0	-234.8

Fuente: Cálculos sobre la base de datos del Instituto Nacional de Estadísticas (INE): Censos nacionales de población y vivienda, 1960 y 1970, y encuesta regional del empleo, 1980.

micos, pero depende principalmente del marco económico general en que dichos cambios se realizan y, en particular, del nivel permanente de

oportunidades de trabajo e ingresos que éste permite a los jefes de hogar de los estratos menos favorecidos de la sociedad.

II

Exclusión ocupacional

La mayor inconsistencia de la promesa modernizadora se ha dado, sin duda, en el campo ocupacional. Aquí la conjunción de una incorporación creciente de grupos jóvenes a la actividad económica (pese a la continua expansión de la cobertura educativa) con la incapacidad de la economía para generar, e incluso para mantener, ciertos volúmenes históricos de empleo, produjo un fenómeno de exclusión ocupacional aguda que ha repercutido particularmente sobre las nuevas generaciones. Las oportunidades de empleo asalariado o establecido se redujeron notablemente, así como la proporción y el volumen de jóvenes que consiguen integración ocupacional.

La exclusión es diferente de la "marginalidad" ocupacional, tal como fue descrita en los años sesenta: esta última se plantea desde un punto de partida muy distinto, pues se refiere generalmente a migrantes de origen rural y baja escolaridad, que no habían sido integrados en el mundo urbano. El término "exclusión" alude, por el contrario, al estado de marginalidad ocupacional que afecta a una cohorte de población que otrora tenía acceso a empleos urbanos establecidos, o bien iba adquiriéndolo, y por añadidura, fue movilizadora social y culturalmente en esa dirección. Describe, por lo tanto, el proceso de involución tanto de la estructura ocupacional en la última década como de los procesos de integración social iniciados anteriormente. Debe distinguirse también la exclusión del mero desempleo estadístico. La exclusión ocupacional no proviene exclusivamente ni de los cambios en la oferta de trabajo (presión demográfica o incorporación de fuerza de trabajo secundaria en períodos de crisis), ni tampoco de coyunturas recesivas, aunque ambas cosas deben ser tomadas en cuenta. Su origen se encuentra en modificacio-

nes en la estructura del empleo (crisis industrial, reducción del empleo público, etc.) y, por ende, en los patrones de desarrollo que reducen y deterioran la capacidad de la economía para generar empleos establecidos: se trata de procesos estructurales que estabilizan y aumentan la masa de desempleados, subempleados y pobres urbanos.

El origen de la exclusión ocupacional de los jóvenes se encuentra principalmente en la reducción del empleo obrero, en particular en la industria manufacturera. Durante el último decenio la participación de la industria en el producto y en el empleo cayó visiblemente, como resultado de las políticas de apertura externa y liberalización de los mercados de trabajo. Se desplomó el sostén de los procesos de modernización de antaño, la industria sustitutiva de importaciones con apoyo y protección estatal, con consecuencias alarmantes para la integración ocupacional.

La situación descrita puede apreciarse en el cuadro 3. La proporción de obreros—trabajadores manuales asalariados— disminuyó fuertemente a lo largo de la década: al comenzar ésta, cerca de un 40% de los jóvenes ocupados eran obreros. En 1980 sólo una cuarta parte de ellos seguía siéndolo, y esa proporción se redujo todavía más en los siguientes años de crisis. La proporción de obreros en el total de los ocupados cayó, pues, vertiginosamente. La reducción del empleo obrero fue especialmente significativa en los sectores productivos (industria, construcción, transporte y minería). Al finalizar el decenio el número de obreros jóvenes en sectores productivos había bajado a la mitad del registrado a su inicio (apenas un 15% de los ocupados en 1980, contra el 27% en 1971). Conjuntamente hubo un cambio en la composición interna del empleo obrero: éste se terciarizó, lo que representa des-

Cuadro 3
CHILE: PARTICIPACION RELATIVA
DEL EMPLEO OBRERO NO AGRICOLA Y EMPLEO
OBRERO INDUSTRIAL EN GRUPOS DE JOVENES
Y EN EL TOTAL
DE LA PEA OCUPADA, 1971, 1980, 1982

	Años	Jóvenes (15-24 años)	Total
Obreros sobre total de ocupados	1971	37.3	31.2
	1980	26.3	22.7
	1982	17.5	19.1
Obreros sector productivo sobre total de ocupados	1971	27.0	23.1
	1980	14.6	14.2
	1982	9.5	10.7
Obreros sector productivo sobre total de obreros	1971	72.6	74.0
	1980	55.6	62.8
	1982	54.3	56.2
Obreros industriales sobre total de obreros	1971	56.3	50.5
	1980	38.6	40.6
	1982	35.8	39.2

Fuente: Martínez y León (1984).

ventajas en cuanto a las condiciones de trabajo, el nivel de ingresos, la estabilidad y las posibilidades de sindicalización de los jóvenes obreros. La reducción del empleo obrero productivo se concentró además en la industria manufacturera. Mientras antes el empleo obrero era básicamente industrial (cerca de un 60% de los obreros estaba en la industria), la proporción de obreros industriales en la ocupación obrera al finalizar el decenio se había reducido a menos del 40%. Por último, también desapareció la superioridad numérica de los obreros jóvenes, especialmente en los sectores productivos; se produjo un envejecimiento de la población obrera, signo inequívoco de las dificultades que han tenido los jóvenes para incorporarse a este sector.

Un información complementaria sobre estos procesos se presenta en el cuadro 4, que señala los volúmenes y la participación del empleo obrero en la población económicamente activa no agrícola joven. Los datos muestran más detalladamente la magnitud de la reducción del empleo obrero productivo y la incidencia de la depresión industrial en esta disminución.

Como vemos, los obreros industriales representaban el 24% de la PEA no agrícola joven en 1971 (alrededor de 140 000 trabajadores jóvenes

en la industria). En 1980, esta proporción había descendido a sólo 9.5% (cerca de 75 000 obreros industriales). Los descensos se produjeron en la industria tradicional (alimentos, bebidas, tabaco, textiles, vestuario, etc.) y, sobre todo, en la industria sustitutiva moderna (madera, productos químicos, caucho y plástico, cemento, etc.). En ambos sectores se encontraba el empleo obrero joven en la industria. Las posiciones obreras sólo se mantuvieron en la industria estratégica y la minería, pero en ambas representan una proporción muy poco importante del proletariado joven. La crisis se concentra en la industria sustitutiva, que reduce, en el lapso de una década, alrededor de 65 000 puestos de trabajo anteriormente ocupados por jóvenes. También se registran descensos en los sectores de la construcción (pese a que a finales de la década hubo una coyuntura favorable en este terreno) y del transporte, los que en conjunto significan una reducción cercana a 15 000 empleos productivos.

La expansión de las actividades manuales en el sector terciario no alcanza a contrarrestar la depresión aguda del empleo industrial. Ni el incremento de los obreros en comercio y servicios, ni el artesanado, bastan para compensar la reducción del empleo obrero productivo. Los obreros en sectores no productivos aumentan su participación en la PEA no agrícola joven de 11.7% a 13.9%, mientras los artesanos descienden de 4.7% a 4.1% entre el comienzo y el final de la década. Las posiciones artesanales, además, siempre han sido preferentemente para adultos, debido a la destreza y el capital que requieren; por ello representan una alternativa ocupacional muy difícil para los jóvenes excluidos de la industria.

La crisis del empleo obrero repercutió evidentemente en el incremento de los jóvenes "excluidos" —considerando como tales a los que permanecen desocupados, en los programas gubernamentales de empleo mínimo y en el servicio doméstico, así como a los trabajadores por cuenta propia en el comercio y los servicios marginales. Estos han duplicado su proporción en la PEA no agrícola joven, pasando de 23.3% a 45.5% entre 1971-1980— un aumento absoluto de 230 000 jóvenes. La década de los setenta se cierra, en efecto, con 363 000 jóvenes excluidos, y había comenzado solamente con 134 400 en esta condición.

Cuadro 4
CHILE: PARTICIPACION DE OBREROS Y ARTESANOS EN LA PEA NO AGRICOLA JOVEN
(15-24 AÑOS), 1971, 1980, 1982

	1971		1980		1982	
	Porcentaje	Miles de personas	Porcentaje	Miles de personas	Porcentaje	Miles de personas
Obreros de industria tradicional	14.7	84.4	6.2	49.7	4.1	33.7
Obreros de industria moderna	9.2	52.9	2.8	21.9	1.4	11.1
Obreros de sectores estratégicos (excluido el cobre)	0.5	2.8	0.5	4.1	0.1	1.0
Obreros de la construcción	5.5	31.5	3.1	24.4	1.6	13.1
Asalariados de la minería	1.0	6.2	1.0	8.1	0.4	3.2
Asalariados del transporte	5.0	29.1	2.6	21.0	1.6	13.2
Obreros del sector productivo	35.9	206.9	16.2	129.2	9.2	75.3
Obreros del comercio y de servicios	11.7	67.5	13.9	110.8	10.5	86.5
Artesanos	4.7	27.0	4.1	32.5	2.9	24.2
<i>Total obreros y artesanos</i>	<i>52.3</i>	<i>301.4</i>	<i>34.2</i>	<i>272.5</i>	<i>22.6</i>	<i>186.0</i>
<i>Total PEA no agrícola 15-24 años</i>	<i>100.0</i>	<i>575.6</i>	<i>100.0</i>	<i>798.5</i>	<i>100.0</i>	<i>822.5</i>

Fuente: Martínez y León (1984), sobre la base de cifras del INE.

En las categorías tradicionales de la marginalidad ocupacional se incluye en primer lugar el empleo doméstico, que tiende a estabilizarse en el último decenio: su peso relativo se mantiene en alrededor del 11% de la PEA joven, aunque en números absolutos esto significa un incremento de casi 23 000 personas.

Es importante destacar aquí la evolución del empleo doméstico, que históricamente presentaba una reducción sostenida de su participación en la PEA joven. Las cifras de la Universidad de Chile señalan que entre 1960 y 1970 el servicio doméstico se redujo de 27.9% a 21.9% en el grupo de 15 a 19 años, y de 20.2% a 15% en el grupo de 20 a 24 años. En el último decenio, en cambio, la proporción de empleadas domésticas prácticamente se estabilizó, con tasas de 20.7% y 13.2% en ambos grupos de edad, respectivamente. Un estudio de Heskia (1980) calcula la proporción de empleo doméstico en la PEA joven ocupada para el período 1957-1979. De acuerdo con sus datos, en todo este período, las empleadas domésticas han concentrado en promedio el 26% de las ocupaciones femeninas en el grupo de 14 a 19 años y aproximadamente el 15% en el grupo de 20 a 25 años. La serie de Heskia permite advertir un descenso (a veces discontinuo) de

la proporción de empleadas domésticas en ambos grupos, que alcanza su punto más bajo en 1974 con proporciones de 13.1% y 4.7%, respectivamente, para elevarse a partir de la crisis de 1975 y situarse en los años restantes cerca del promedio histórico indicado. Rosales llega también a una conclusión semejante.

La reducción del empleo doméstico ha sido explicada por una caída en la actividad laboral de las mujeres jóvenes, así como por la mayor cobertura escolar y por el mayor nivel de instrucción de que ellas gozan. Como se ha dicho, la crisis hace subir la tasa de participación de las mujeres jóvenes de estrato bajo, quienes acceden otra vez al servicio doméstico. La escasa diversificación del empleo femenino en estos estratos —profundizada por la reducción de la proporción de obreras, también detectada por Rosales— alienta este destino de la ocupación femenina.

En lo referente a las restantes categorías que componen la marginalidad ocupacional, cabe mencionar el aumento de los "comerciantes marginales" que crecen de 2.3% a 3.1% en el período (más de 10 000 jóvenes se incorporan en esta actividad). La proliferación de los comerciantes ambulantes es un fenómeno característico de la crisis del empleo, sobre todo en las grandes ciu-

dades. Mucho más importante, sin embargo, es la aparición del PEM (Programa de Empleo Mínimo) que congregaba en 1980 casi 50 000 jóvenes y representaba el 12.9% de la PEA joven. El PEM fue creado durante la crisis de 1975 como una forma de amortiguar los efectos del desempleo generalizado. Tras la crisis, sin embargo, el programa se mantuvo, fluctuando entre 120 y 180 000 personas (hasta que se expandió nuevamente con la crisis recesiva actual) y recogió una creciente proporción de jóvenes y mujeres sin empleo. En 1980 los jóvenes representaron conjuntamente el 54.9% del programa.

Con todo, las ocupaciones marginales representan actualmente menos de la mitad de la exclusión. Mientras que en 1971 un tercio de los excluidos eran desocupados, en 1980 la desocupación afectaba a un 53.4% de ellos. En la última década los desocupados se han triplicado: de 48 100 a 193 800 jóvenes, y de 8.3% a 24.3% de la PEA joven (cuadro 5). El desempleo abierto ha sido, en consecuencia, la forma predominante que asume la crisis ocupacional en estos años.

En el último cuarto de siglo, la evolución del fenómeno ha sido bastante definida. Habitualmente se distinguen tres fases. La de los años sesenta se caracterizó por tasas relativamente bajas de desempleo; la del período 1970-1973 estuvo marcada por políticas de empleo masivo, que hicieron descender la desocupación a sus

registros históricos más bajos; y la última registró un aumento explosivo del desempleo, incluso más allá de las crisis recesivas. La evolución del desempleo entre los jóvenes sigue esta misma trayectoria, como se indica en el gráfico, de acuerdo con las series de desocupación para el Gran Santiago, de la Universidad de Chile.

Según estos datos, el desempleo registra un promedio de 36.7% en el grupo de 14 a 19 años y de 23.2% en el grupo de 20 a 24 años en el período 1974-1982, y con ello duplica con creces los promedios históricos obtenidos en los años anteriores. La desocupación crece desmedidamente en las épocas de crisis, pero nunca cedió verdaderamente; incluso en períodos de "prosperidad" económica, la desocupación abierta se mantuvo en alrededor del 25% de la fuerza de trabajo joven (desde luego, siempre con tasas diferenciales según la edad). Aun sin contar los períodos de crisis, en estos años se han mantenido regularmente alrededor de 200 000 jóvenes fuera del empleo.

Estas tendencias encuentran su culminación en la crisis recesiva que afecta actualmente a la economía chilena (cuadro 5). La exclusión alcanza magnitudes alarmantes: aumenta desde el 45.5% de la PEA joven en 1980 (363 000 jóvenes, como hemos visto) al 59.1% en 1982 (485 700 jóvenes). Simultáneamente, la reducción de la ocupación de obreros y empleados alcanza un

Cuadro 5
CHILE: COMPOSICIÓN OCUPACIONAL DE LA JUVENTUD EXCLUIDA,
1971, 1980, 1982^a

Estrato ocupacional	1971		1980		1982	
	Miles de personas	Porcentajes	Miles de personas	Porcentajes	Miles de personas	Porcentajes
Empleo doméstico	66.5	49.5	89.1	24.5	70.05	14.5
Empleo marginal en comercio y servicios	19.8	14.7	33.2	9.1	27.9	5.7
PEM-POJH ^b	—	—	46.9	12.9	98.7	20.3
Cesantes y buscan trabajo por primera vez	48.1	35.8	193.8	53.4	288.6	59.4
Total excluidos	134.4	100.0	363.0	100.0	485.7	100.0
Jóvenes excluidos sobre PEA no agrícola		23.3		45.5		59.1

Fuente: Martínez y León (1984).

^a Jóvenes de 15 a 24 años.

^b PEM: Programa de Empleo Mínimo. POJH: Programa Ocupacional para Jefes de Hogar.

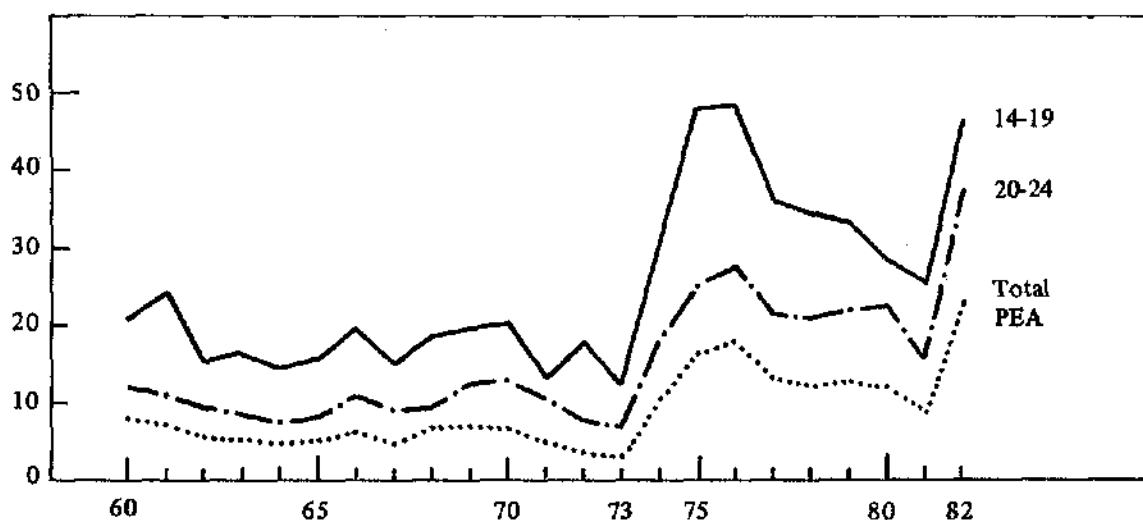
volumen de 100 000 empleos en el corto lapso de dos años: la ocupación es de 432 000 en 1980 (54.5% de la PEA no agrícola joven) y de 335 400 en 1982 (solamente el 41.9% de ésta). La crisis se presenta, pues, como una verdadera catástrofe ocupacional que afecta súbitamente a cerca de un 25% de los jóvenes que habían conseguido alguna integración laboral en las condiciones de empleo ya deprimidas que imperaban al finalizar la década.

La crisis provoca una gran disminución del número de obreros en sectores productivos; éstos registran entre los jóvenes una caída espectacular de -40.7% (mientras entre los adultos es de -29.9%). En este caso, la crisis afecta al empleo obrero en la industria manufacturera (incluyendo a los sectores estratégicos), que queda reducido a un volumen insignificante (5.6% de la PEA total, vale decir, 45 000 jóvenes); al empleo obrero en la construcción (que en 1982 sólo es el 1.6% de la PEA, es decir, 13 000 jóvenes), y al empleo obrero en el transporte y en la minería. Los sectores productivos expulsaron más de 50 000 jóve-

nes obreros (la mitad de la expulsión total), y éstos quedaron reducidos solamente al 9.2% de la PEA joven. Los obreros en sectores no productivos y los artesanos, por su parte, también registraron descensos, aunque no tan pronunciados como los anteriores, lo que confirma que la crisis deprime drásticamente al sector "real" de la economía.

Es obvio que la crisis agrava la exclusión. También aquí la forma predominante que asume esta última es el desempleo abierto (que representa casi el 60% de los excluidos jóvenes y la mitad de la exclusión total). La desocupación juvenil aumentó de 193 800 a 288 600 (vale decir, del 24.3% en 1980 al 35.1% en 1982). Sin embargo, la desocupación perjudica notoriamente también a los adultos en esta ocasión: en la PEA mayor de 24 años, el desempleo aumentó de 184 600 a 430 500 (pasando de 8% a 18.2% en estos años), e incluso la participación de los jóvenes bajó (de 51.2% a 40.1%). Esto significa que, en términos relativos, la crisis ha afectado con mayor rigor al mundo adulto. La magnitud del

Gráfico 1
 GRAN SANTIAGO: EVOLUCION DE LAS TASAS DE DESOCUPACION
 DE GRUPOS JOVENES Y TOTAL DE LA FUERZA DE TRABAJO,
 1960-1982



Fuente: Encuesta de ocupación y desocupación de la Universidad de Chile (junio de cada año).

desempleo adulto, en circunstancias que el PEM absorbía grandes proporciones de jóvenes y mujeres, motivó la creación del POJH (Programa Ocupacional para Jefes de Hogar, que se inauguró con un subsidio que duplicaba al PEM) en octubre de 1982; éste no alcanza a reflejarse en las cifras del Instituto Nacional de Estadísticas. Todavía entre 1980 y 1982 la participación de los jóvenes en el PEM seguía subiendo y alcanzó cerca del 40% del programa en este último año; había duplicado su volumen, que pasó de 46 900 a 98 700 jóvenes.

Puede en consecuencia afirmarse, en términos generales, que la evolución del empleo entre los jóvenes ha mostrado una dramática pendiente: durante los años sesenta, la expansión escolar fue acompañada de procesos de movilidad ocupacional que se expresaron sobre todo en la reducción de los "excluidos", vale decir, en tasas de desempleo bajas y reducción de las ocupaciones marginales, y también en la vitalidad del empleo obrero y en la expansión de los empleos medios asalariados. El curso de la modernización social

fundada en la industria y el Estado se desplomó en la década siguiente: para ello se conjugó la presión demográfica de los grupos jóvenes sobre los mercados de trabajo, la desaceleración de la caída de las tasas de participación (pese al aumento de la oferta educacional) y, sobre todo, un agudo proceso de desindustrialización. Todos estos factores, en medio de violentas crisis recesivas, frenaron bruscamente el proceso de modernización. En adelante, aumentó la exclusión, especialmente por la vía del desempleo abierto y del subempleo, pero también por la interrupción de la caída de las ocupaciones marginales, y se redujo la integración ocupacional de los jóvenes, principalmente, a un segmento que logró obtener escolaridad completa, e incluso superior, y pudo acceder al empleo medio en el sector terciario. Este último es probablemente el único campo donde quedó algún residuo de los procesos de modernización que entusiasmaron a la sociedad chilena hace un cuarto de siglo. La crisis actual es la culminación de este proceso de exclusión, y ha afectado especialmente a los jóvenes chilenos.

III

Otras dimensiones de la exclusión

Las dificultades ocupacionales no son la única manifestación de la exclusión. También deben mencionarse a este respecto los procesos que han afectado a la familia obrera y la exclusión habitacional que sufren los jóvenes de este origen. Las observaciones realizadas sobre la base de una encuesta reciente (Valenzuela, 1984) indican que se ha revertido o estancado el proceso de nuclearización de la familia obrera: reaparecen las familias extensas y aumenta la densidad de los hogares debido a que los jóvenes no pueden constituir hogares autónomos (cuadro 6). Las observaciones indican, en efecto, que el promedio de personas por hogar registrado alcanza a 6.6, contra 5.6 hace veinte años, según cifras de DESAL; la proporción de familias extensas supera el 50% de los hogares entrevistados, y entre éstas la modalidad principal es aquella que alberga hijos

casados con su descendencia en casa de sus padres. El 54.2% de los jóvenes casados de la muestra convive con sus padres o suegros, y otro 20.6% es allegado neto (comparte residencia pero no ingresos con algún otro hogar).

Esta incapacidad de los jóvenes para acceder a vivienda propia, y organizar así familias estables, proviene tanto de las políticas de libre mercado, que redujeron notoriamente la construcción de vivienda popular, como de la crisis ocupacional a que se hizo referencia, que impide contar con ingresos estables y suficientes para instalar nuevos hogares. El promedio anual de viviendas iniciadas descendió de 52 000 unidades en el período 1971-1973 (mientras en el quinquenio anterior era cerca de 40 000) a 30 000 unidades en el período 1973-1982. Asimismo, la proporción de viviendas iniciadas por

el sector público, que superaba el 50% antaño, se redujo a 19.5% en el último período. El ritmo ascendente de construcción de viviendas se interrumpió en los últimos años y predominó la edificación iniciada por el sector privado, que produjo de acuerdo a demandas de mercado. Con ello, se estima que el déficit de vivienda podría haberse incrementado en 300 000 unidades en la última década, con lo cual el déficit total sería de alrededor de 850 000 viviendas (Rodríguez, 1984).

Estos límites en el acceso a la vivienda popular explican la yuxtaposición de familias en hogares ya precarios. Los trastornos que esto provoca son enormes: en términos generales, se resienten la cohesión familiar y la estabilidad de los matrimonios jóvenes. Se ha sugerido también que el déficit habitacional está vinculado con la importancia que adquieren entre los jóvenes la procreación fuera del vínculo matrimonial y el aborto. Como sea, la presión por vivienda ha aumentado fuertemente: se calcula que los allegados fluctúan entre 135 000 y 200 000 familias en Santiago, lo que representa una demanda reprimida de sitios de orden de unas 4 000 a 6 000 hectáreas. La envergadura de los movimientos de toma de terreno es una prueba de la importancia de esta demanda.

Las exclusiones ocupacional y habitacional

son los síntomas clásicos de la marginalidad urbana. En ambos casos, como se ha dicho, se trata de exclusiones que afectan prioritariamente a los jóvenes. También es importante agregar, sin embargo, que la juventud popular está en gran medida excluida de la participación. La encuesta anteriormente citada indica que alrededor del 70% de los jóvenes carece de organización, como no sean los clubes deportivos (que atraen principalmente a los hombres). La tasa de sindicalización es prácticamente nula (1.1%), lo mismo que la de participación en organizaciones vecinales (0.5%). Sólo la participación en comunidades religiosas (que alcanza al 11% de los jóvenes) y en grupos vinculados a parroquias (10.8%) mejora los índices de organización juvenil (cuadro 7). La participación política y corporativa está eliminada por condiciones de autoritarismo político y desintegración ocupacional, y sólo se compensa parcialmente por la participación comunitaria vinculada a las iglesias, que han sido uno de los principales refugios frente a la crisis.

En definitiva, la integración de los jóvenes con el mundo de las instituciones sociales se limita a la escuela. Fuera de ésta reina un completo divorcio entre ellos y la sociedad organizada, y sobre todo entre ellos y el Estado, que —en las condiciones que hemos descrito— les aparece como un instrumento casi exclusivamente penal.

Cuadro 6
SANTIAGO: ESTRUCTURA DE LAS FAMILIAS EN EL ESTRATO POPULAR SEGUN TIPO
Y SITUACION HABITACIONAL

	Nuclear simple	Nuclear c/joven casado	Nuclear allegado neto	Extensa c/otro pariente	Extensa c/sobrinos	Extensa c/hermanos casados	Extensa c/joven casado	Extensa c/ambos	Extensa c/otro matrimonio
<i>Poblaciones</i>									
San Gregorio	33.3	1.4	6.1	9.5	10.9	25.2	6.8	4.1	2.7
Lo Hermida	44.6	6.9	8.9	8.9	2.5	14.9	6.4	3.0	4.0
Herminda de la Victoria	33.0	5.8	13.1	11.8	11.8	7.7	10.0	3.2	4.5
<i>Promedio de las tres poblaciones</i>	<i>37.2</i>	<i>4.7</i>	<i>9.8</i>	<i>10.2</i>	<i>8.2</i>	<i>14.7</i>	<i>7.9</i>	<i>3.3</i>	<i>3.9</i>
<i>Jóvenes</i>									
Solteros	46.8	—	7.1	13.0	10.3	17.7	—	—	5.3
Casados	—	24.2	20.0	—	—	—	35.0	19.2	1.6

Fuente: Valenzuela (1984).

Cuadro 7
SANTIAGO: NIVEL DE ORGANIZACIÓN SOCIAL ENTRE JOVENES
DEL ESTRATO POPULAR

	No organizados	Baja organización ^a	Organización media ^b	Alta organización ^c
<i>Poblaciones</i>				
San Gregorio	45.6	36.1	8.8	9.5
Lo Hermida	38.6	38.1	16.3	6.9
Pudahuel	44.8	25.8	12.7	16.7

Fuente: Valenzuela (1984).

^a Incluye clubes deportivos.

^b Incluye organización vecinal, sindicatos, centros culturales y juveniles.

^c Incluye comunidades cristianas.

IV

Diferenciación de una juventud excluida

Es suficientemente sabido que las diferencias de edad no solían tener gran importancia en los estratos bajos de la población, dada la temprana incorporación al trabajo y al matrimonio. Sólo la expansión escolar de los últimos decenios comenzó a introducir el concepto clásico de juventud como "período de transición". Paradójicamente, este efecto educacional se ha sumado en los últimos años a la exclusión ocupacional y habitacional, que han prolongado la "edad juvenil" en los estratos bajos. El desempleo y subempleo generalizado que afecta a los jóvenes, así como las dificultades para constituir hogares propios, son procesos que detienen el ingreso de los jóvenes en el mundo adulto. La noción de "juventud", en este sentido, se ve también favorecida por el origen casi enteramente urbano de las nuevas generaciones (en oposición a las anteriores, de migrantes) y la exposición de los jóvenes a la cultura urbana de masas. La expansión escolar, la imposibilidad de obtener independencia económica y habitacional, el origen urbano, y el número y concentración de jóvenes que comparten una misma situación, son todos procesos que hacen de los jóvenes excluidos un grupo social distinto dentro del mundo de la marginalidad urbana.

En estas condiciones de exclusión y desinte-

gración, la juventud popular urbana aparece como un actor caracterizado por conductas desorganizadas, con una densidad cultural, aparentemente escasa, que se han asociado a la anomia (Valenzuela, 1984). Todos los procesos que concurren en la constitución de los grupos jóvenes marginales llevan en esta dirección: desintegración e inestabilidad laboral, descomposición y ruptura de la cohesión familiar, exclusión política y desorganización social. Todos los procesos de exclusión respecto de la sociedad organizada (el mundo de las instituciones sociales) han sido al mismo tiempo procesos de desintegración de la vida y solidaridad colectivas.

Entre los jóvenes no organizados, se dan conductas de retraimiento (drogas) y rebelión (revuelta), que corresponden a una mayor intensidad anómica. Entre los jóvenes organizados (generalmente en comunidades cristianas) las conductas de refugio y movilización radical, en cambio, señalan la línea de reducción de la anomia. Las conductas de retraimiento y refugio prevalecen en períodos de estabilidad económica entre jóvenes no organizados y organizados, respectivamente; las de rebelión y movilización son propias de períodos de crisis, también respectivamente para ambos grupos. En el primer caso

predominan las múltiples formas de reacción y defensa frente a las condiciones de marginalidad; en el segundo, se abren posibilidades para un enfrentamiento social generalizado. En el período anterior a la crisis, en efecto, las orientaciones características de los jóvenes de estratos populares estuvieron marcadas por dos fenómenos: la generalización del uso de drogas y el surgimiento de los movimientos católicos de base popular.

El uso de drogas ha sido asociado principalmente con conductas que se orientan hacia la búsqueda de placer inmediato (Lailhacar, 1982). Estas incluyen también orientaciones vinculadas al erotismo, la música y la recreación. La experiencia con drogas tiene, en la actualidad, un fin casi exclusivamente de evasión: goce inmediato y efectos ansiolíticos que rompen, aunque sea en forma pasajera, con las estructuras reales de espacio y tiempo y permiten sortear las penurias de la vida. La droga ya no es una experiencia culturalmente densa, ni está vinculada tampoco a orientaciones comunitarias. La modalidad hippie del uso de drogas ha desaparecido. Las conductas eróticas de los jóvenes marginales, caracterizadas por la desinhibición y la falta de prejuicios, así como por una esencial inestabilidad, se ubican también en este género de orientaciones hacia la búsqueda de placer inmediato.

Por otra parte, la reacción contra estas condiciones de desintegración (y la proliferación de conductas desorganizadas) se ha expresado en el refugio comunitario. Algunos autores han sostenido que el florecimiento de las comunidades eclesiales de base en el medio popular ha sido precisamente una respuesta frente a los efectos atomizadores del mercado y de la exclusión estatal. También se ha establecido su conexión con los antiguos movimientos pentecostales, señalando que las comunidades actúan exactamente en el sentido de las comunidades pentecostales descritas por Lalive (1969) en el caso chileno: "reducen el desarraigo social a través de la recuperación del grupo primario, constituido en torno a una red de relaciones afectivas y valores compartidos". El pentecostalismo fue, en efecto, la contraparte del modelo de integración obrero. "La expansión pentecostal es simultánea al período de migraciones internas (alrededor de la década del treinta) que coincide a la vez con la declina-

ción de la sociedad rural y los inicios de la industrialización. Este típico fenómeno de transición provoca desarraigo en las masas populares. Pues bien, Lalive también descubre que el pentecostalismo penetra justamente en las categorías marginales de la sociedad movilizadora, en las periferias urbanas y en las zonas rurales de frontera donde la estructura de la hacienda se deteriora más intensamente. En términos generales, mientras el socialismo crece como ideología obrera, el pentecostalismo se desarrolla entre las masas marginales desarraigadas (quienes se refugian dentro de un orden de valores tradicional y se extrañan culturalmente de la sociedad urbana)". (Valenzuela, 1984).

Aunque las comunidades eclesiales de base sean portadoras de una teología diferente a la de las comunidades pentecostales tradicionales, expresan una reacción frente a una situación similar: la cancelación de la vía o modelo obrero de integración (trabajo asalariado, sindicalismo, acceso a la representación política en el Estado). Tanto las comunidades eclesiales de base como las pentecostales restauran en estas condiciones una ideología comunitaria (ayuda mutua, cooperación, solidaridad, derechos humanos), e invocan, en definitiva, la necesidad de recuperar la solidaridad y dignidad colectivas.

La crisis ha creado una situación nueva, en la que los jóvenes de condición popular urbana tienen un importante papel. Dado el bloqueo de los canales regulares de integración social, así como de los canales de expresión política y de opinión, los jóvenes del estrato popular urbano, duramente golpeados por los efectos de la crisis, asumen una intervención social no prevista ni en la organización política del Estado ni por los agrupamientos políticos que disienten con ella. Esta se traduce en la protesta urbana, que ocupa el lugar de las protestas en los medios laborales o de estudio. Dicha protesta tiene rasgos que permitirían calificarla de "rebelión anómica". Por una parte, no se vincula con instituciones ni agrupamientos políticos, por lo que parece carecer de contenidos reivindicativos; por otra, dado el bloqueo de los canales de participación, crea formas de lucha sumamente agresivas.

Sin duda, el radicalismo político de los jóvenes marginales surge de las condiciones que se han descrito, y abre nuevas interrogantes sobre el destino de esta generación.

Referencias bibliográficas

- Cáceres, Carlos (1981): *Participación laboral y desocupación, según estratos de ingresos. Gran Santiago, 1957-1978*. Tesis de Grado. Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, Universidad de Chile.
- DESAL (Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina) (1970): *La marginalidad urbana: origen, proceso y modo. Resultados de una encuesta en poblaciones marginales del Gran Santiago*. Buenos Aires: Editorial Troquel.
- Heskia, Isabel (1980): *Distribución del ingreso en el Gran Santiago, 1957-1978*. Documento de investigación. Departamento de Economía, Universidad de Chile.
- Lailhacar, R. y otros (1982): *Juventud, drogas y neoprén*. Santiago de Chile: Editorial Leo.
- Lalíve, Cristián (1968): *El refugio de las masas. Estudio sociológico del pentecostalismo chileno*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico.
- Martínez, Javier y Eugenio Tironi (1983): *Estratificación y cambio social en Chile en la década del setenta*. (E/CEPAL/R. 349). Santiago de Chile: CEPAL.
- Martínez, Javier y Arturo León (1984): *La involución del proceso de desarrollo y la estructura social*. Documento de trabajo. Santiago de Chile: Centro de Estudios del Desarrollo (CED).
- Rodríguez, Alfredo (1984): *Por una ciudad democrática*. Colección Estudios Sociales. Santiago de Chile: Ediciones Sur.
- Rosales, Osvaldo (1979): *La mujer chilena en la fuerza de trabajo: participación, empleo y desempleo (1957-1977)*. Tesis ESCOLATINA, Universidad de Chile.
- Valenzuela, Eduardo (1984): *La rebelión de los jóvenes*. Colección Estudios Sociales. Santiago de Chile: Ediciones Sur.